

I

JANA

Un faro entre la niebla fue lo que siempre estuve buscando desde el remoto día del inicio de mi largo viaje sin retorno. Un faro que me orientara y que nunca había encontrado. Qué lejanas quedaban aquellas jornadas iniciadas con ilusión y truncadas por el miedo. Casi había olvidado su existencia a causa de la forzada rutina que me había impuesto para crearme una mujer adaptada a un entorno ajeno y casi siempre hostil.

Las primeras nieblas, que en esas tierras eran densas como muros de lodo, me llevaron a arañar en el recuerdo. Puede que fuera un presagio. Ahora quiero verlo así por la necesidad de encontrar una respuesta que explique lo que no comprendo. Era una búsqueda que había iniciado en otras ocasiones. Demasiadas veces había comenzado un diario con el fin de desentrañar el guión que había marcado mi vida. Fue inútil. Nunca había logrado quebrar el férreo caparazón que me distanciaba de lo vivido. Las secuencias inconexas del diario reflejaban naufragios aislados junto a puntuales cabos que me ayudaban a salir a flote. Siempre igual, sin conocer el extraño hilo que unía a los periodos que me separaban de cada naufragio.

Sólo una convulsión, que yo no estaba dispuesta a provocar, podría convertir los tímidos arañazos en el pasado en una profunda excavación que sacara a relucir mi vida y memoria para dotarlas de orden y sentido.

El invierno se suele asociar a una época de reflexión, o a la búsqueda de justificaciones, sobre todo para aquellas mujeres gastadas por la lima de los años y a las que les queda poco margen para la ilusión. La llegada de aquél la viví con frialdad, lejos de cualquier pasión, como si mi propia vida entrara en un periodo de

hibernación del que sólo saldría con la llegada del último naufragio. Algunos llaman a eso tomarse la vida con filosofía, porque parece que todo se resuelve con la calma que otorga la sabiduría de muchos años de experiencia. Yo creo que ésa es la máscara que se le pone para justificar la resignación que produce el deterioro, la falta de estímulos para alcanzar las metas que hace tiempo dejaron de existir. El invierno no sólo estaba llegando a aquella tierra llana, sin fin, donde la niebla imponía su inquietante tiranía sobre la luz. Esa misma niebla llevaba cerca de treinta años cegándome. Podía observar atentamente todo lo que ocurría a mi alrededor, sacar conclusiones y hasta temer negros presagios, pero me costaba profundizar en acontecimientos que habían marcado mi destino de mujer a la deriva.

Puede que quisiera adjudicar ese abandono a la edad, a esos cincuenta y siete años que indicaba el pasaporte debajo del nombre: Jana Soledad Rilke, nacida en Valparaíso y sin ninguna relación con el poeta y mucha con la soledad.

Aquél podría haber sido el invierno más frío de mi vida, el que no hubiera dado paso a más primaveras; pero, a veces, los acontecimientos se concatenan para provocar el caos en aquello que parece inamovible. Supongo que eso es lo más hermoso que tiene la vida: los golpes de timón que en ocasiones da y que pueden lanzar por la borda a los que no estén bien amarrados a un barco que casi nunca obedece a las leyes de la razón.

El violento golpe de mar que amenazó el orden y la rutina de una ciudad, y puso al borde de la zozobra los sentimientos y seguridad de varias mujeres, se llamó Pavel; y, como todo aquello que el tiempo o la propia necesidad convierte en grande, apareció sin previo aviso, por la puerta de atrás y de puntillas.

Antes de que Pavel llegue a esta historia, que es parte de la suya y toda la nuestra, es necesario conocer el entorno donde se desarrolla porque tiene trascendencia en lo ocurrido. A pesar de no ser originaria de Almagro, he pasado en este pueblo de La Mancha con categoría de ciudad los últimos diez años de mi vida. Creo que estoy capacitada para hablar de él, y no porque conozca con detalle las interioridades de cada casa, ni me importe demasiado lo que ocurra tras los antiguos blasones de sus puertas; sino porque he tenido tiempo para detenerme a contemplar

la belleza de este lugar que ha sido punto de encuentro de multitud de culturas a lo largo de su historia y que nunca ha estado preparado para aceptar el mestizaje.

Su belleza no procede de la exuberancia arquitectónica. Se podría decir que es una belleza minimalista en un conjunto lleno de armonía con algunos lugares destacados, y, sobre todo, por uno que es único en el mundo y que le da fama: El Corral de Comedias, un teatro, legado del Siglo de Oro, amado por casi todos los foráneos que llegan a la ciudad y al que da la espalda la mayoría de los lugareños. Como si en lugar de un hermoso privilegio, fuera una lacra a la que con gusto renunciarían por considerarlo fuente de muchos problemas de la ciudad.

El Corral está situado en el lado derecho de los soportales de la Plaza Mayor –si uno se sitúa frente al ayuntamiento–. Justo enfrente del callejón que da cobijo a ese local provisional que llaman Museo del Teatro y que dista mucho de la grandeza que debería tener un lugar que reúne dos palabras de tanta magnitud.

La plaza es el eje, tanto económico como social, sobre el que gira la ciudad, y todas las direcciones convergen en ella. Es de un estilo arquitectónico ajeno a la zona, propio de una capital centroeuropea, fruto de la influencia de las poderosas familias alemanas instaladas en la villa durante el reinado de Carlos V. La ciudad tiene otros puntos de interés y puede que en adelante vayan apareciendo, pero casi toda esta historia gira en torno a la plaza porticada, con ventanales de madera pintados en verde. A lo largo de cada año Almagro ve el paso de muchos visitantes de dos horas –que desean asomarse al Corral para incluirlo en su currículum de viajeros– y es la sede de un Festival de Teatro Clásico que transforma la ciudad y su entorno durante el caluroso mes de Julio, y cuya celebración es la principal fuente de ingresos de todos aquéllos que vivimos del turismo.

Yo era una artesana que elaboraba y vendía diversos artículos en la plaza, no todos de fabricación propia. Tenía alquilado un pequeño local en el que ofrecía encajes y bordados junto con otras prendas confeccionados en un telar, como toallas, bolsos, colchas y manteles; aparte de contar con un amplio surtido de objetos de recuerdo, que era preciso exhibir en la tienda para atraer a los turistas, con el fin de que luego se fijaran en las prendas de más calidad en las que estaba

especializada y que me diferenciaban del resto de los artesanos.

Mi vida nunca había sido pujante desde que llegué. No sabía lo que era tener planes de jubilación ni el futuro asegurado cuando se presentara el día del retiro. Sólo aspiraba a llegar a fin de mes y hacer frente a los múltiples gastos que acarrearba la actividad, mientras intentaba ahorrar para cuando estuviera incapacitada para seguir trabajando. Un día que ya sentía muy cercano.

Durante los muchos años de interminable éxodo, he pasado por innumerables vivencias, no siempre buscadas, y por demasiados lugares de peregrinación, casi siempre obligada. He sido una pionera a la fuerza, una inmigrante no deseada, una refugiada política, una maleante. Todo esto y algo más he podido ser en algún momento de mi vida, según quien opine. Entonces sólo me sentía amnésica. Había dejado que la rutina llevara al sótano de la memoria mi propia historia, en un temeroso juego que mutilaba todo lo aprendido.

Por destino, o azar, en aquellos días apareció el estímulo que no sólo me hizo recobrar lo reciente, sino atreverme a hurgar en lo más profundo del baúl para recomponer mi propia vida y dotarla de un armazón que evitara el colapso.

Fui una espectadora privilegiada de lo ocurrido durante todo ese tiempo en la ciudad. Tuve la oportunidad de conocer a Pavel y de verle casi todos los días. Hablé con él muchas veces, siempre menos de las hubiera deseado. Lo vi cómo trabajaba, cómo miraba a las personas y cómo evolucionaban sus sentimientos. Fui testigo de su admiración por el teatro y de su manera de disfrutar descubriendo los hilos que movían a los actores como si fueran marionetas guiadas por manos invisibles; y me sorprendí observando cómo algunos niños, sus discípulos, se alejaban de la televisión y de los juegos enlatados para coger a esos muñecos de madera o pasta de papel y convertirlos en sus mejores amigos.

Mi narración no podrá ser imparcial, como no lo es ningún relato ni ningún juez. Sólo soy una de los cuatro mujeres que va a dar su visión sobre ese hombre inclasificable y fascinante. Puede que sólo las mujeres estemos capacitadas para hablar de alguien como él. Se supone que sabemos lo que queremos de los hombres y lo que podemos esperar de ellos, aunque no siempre sepamos manifestarlo ni

reconocerlo cuando los observamos.

Fui la que más lo conoció desde cierta distancia, la que puede hablar de temas más generales por el contacto habitual, pero también fui la que menos se implicó, y no porque no me lo hubiera cuestionado todos los días. Esa duda surgía en la mayoría de las mujeres que tuvieran la paciencia de mirarlo y escuchar sus palabras durante unos minutos.

Yo lo descubrí tarde, cuarenta años después de haberlo soñado por primera vez; y eso que en mis sueños de juventud no había lugar para príncipes, pero sí encontré un hueco para un hombre importante al que amar que nunca llegó. Y en Pavel, desde la forzada serenidad de quien nada espera, pude comprobar que se daban cita todas las cualidades del hombre que yo había imaginado, junto a muchas otras que mi ingenuidad juvenil no me permitió idear.

Pero, a veces, comprobamos con horror que aquello que consideramos magnífico es lo que a otros les causa miedo, repulsa y deseo de venganza.

Pavel tuvo el enorme valor, y grave error, de sembrar vida donde sólo se apreciaba la muerte; de reflejar las miserias ajenas con una sonrisa o con el movimiento jovial de sus marionetas; de amar a la mujer que no debía y de enseñar lo prohibido a quien deseaba aprender.

Ese invierno en nada se pareció a los que había vivido anteriormente, y el resto, aún no sé si alguna vez volverá a tener sentido para mí.

Desde que mi abuela Antonia me cuidaba siendo muy niña, y me contaba historias de demonios y fantasmas que me causaban mucho miedo, aprendí que hay cosas que están bien y otras que son muy malas. Mis padres continuaron a su manera las enseñanzas de mi abuela, y pusieron mucho interés en que aprendiera lo que era necesario para convertirme en una mujer decente cuando fuera mayor, de ésas que nunca dan disgustos a la familia. Siempre he procurado llevar un camino recto y no tomar el nombre de Dios en vano porque nos puede castigar si pecamos. Soy una

mujer muy creyente, católica practicante, y eso me ha ayudado a la hora de enfrentarme a las terribles pruebas que nos depara la vida, y que bien resueltas nos acercan a una muerte digna.

Cuando comenzó aquel invierno, no sabía que se estaba acercando la más dolorosa de todas y la que me hizo cuestionarme todo lo aprendido; pero la fe me ayudó a encontrar respuestas, no sin pagar un tributo muy alto a causa de la debilidad de mi alma y para alcanzar el bien de mi familia. Reconozco que pasé muchos momentos de angustia en los que me decía: «¿Por qué, Petra, por qué? ¿Por qué te está pasando esto a ti?». Me temo que hay respuestas que no podemos buscar porque están escritas desde hace mucho tiempo al tratarse de nuestro propio destino. Aunque no nos guste, nada podemos hacer por evitarlo, a pesar de que nos quede cierto remordimiento al creer que todo podría haber pasado de otra manera menos dolorosa.

Fui la primera que lo conoció, la que lo tuvo enfrente y pudo provocar que la historia fuera muy diferente. O puede que no. Tal vez me equivoque y todo hubiera sucedido de una forma parecida. Recuerdo aquel momento como si lo estuviera volviendo a vivir. Entonces sentí una punzada en el corazón. Seguro que se trataba de un aviso, de una alarma que sonaba en mi interior, pero yo era una mujer más débil de lo que creía y caí en la tentación.

Sé que se trataba del veintisiete de noviembre porque ya me había resignado a que el local permaneciera otro mes vacío. Estaba a punto de cumplirse un año desde que se había marchado el último inquilino, y comenzaba a temer que siguiera sin ocuparse hasta el verano. Eso hubiera causado una situación muy difícil para atender el sustento de los míos. Ese local, heredado de mis padres, había pertenecido a nuestra familia desde lejanas generaciones y tenido muy diversas ocupaciones: lechería, guarnicionería, taller de encaje y tienda de ultramarinos. Tras morir mi padre, decidimos arrendarlo al no poder continuar con su explotación directa, porque exigía mucho sacrificio a cambio de exiguas ganancias. Al principio pareció una decisión acertada, y el alquiler que cobrábamos suponía una importante ayuda a nuestros ingresos, pero los dos últimos negocios que se habían instalado en

el local habían fracasado, y se había creado en torno a él una mala fama al considerar que estaba muy mal ubicado en la plaza y que ningún negocio que allí se creara podría ser rentable. Eso, por desgracia, era habitual en el pueblo, y si un lugar dejaba de ser atractivo para los compradores resultaba muy difícil recuperar la confianza de la clientela.

Yo me creía una mujer normal a mis cuarenta y cinco años, como otras muchas mujeres del pueblo. Nada hacía que me sintiera diferente ni lo pretendía. Me consideraba muy afortunada porque pensaba que había conseguido todo aquello que hubiera deseado en mi juventud. Hacía veintidós años que me había casado con Manolo, mi único novio, y teníamos dos hijos: el mayor, Gabriel, de veintiún años, y Pilar, de dieciocho. No éramos una familia que disfrutara de grandes comodidades, pero siempre habíamos sido felices; al menos hasta que mi marido se quedó en paro al cerrar el taller de forja donde trabajaba como soldador.

Por las mañanas me dedicaba a las labores de la casa, y me pasaba la mayoría de las tardes haciendo encaje de bolillos con mi amiga Remedios. Vendíamos a una tienda todo lo que confeccionábamos, pero era una labor muy lenta y mal pagada, con la que no podía vivir una familia; por lo que el alquiler del local, que durante unos años había sido un complemento que nos había proporcionado algunos ahorros, pasó a convertirse en tema prioritario.

En los últimos meses Gabriel ayudaba algo con lo que cobraba en la fábrica de muebles donde lo habían contratado. Las fábricas de muebles son una de las principales fuentes de empleo en la ciudad, aunque el salario que se cobra, a pesar de estar bien para un joven soltero que vive con sus padres, no es suficiente para el sustento de una familia, y yo no había traído mis hijos al mundo para que me mantuvieran. Pilar todavía estudiaba en el instituto y era una buena alumna que aprobaba con notas altas. Ella tenía ilusión por irse a Madrid a estudiar medicina, pero era una ambición que superaba nuestras posibilidades. Yo me conformaba con que la contrataran de secretaria en una oficina o entrara como empleada en una fábrica de conservas de berenjenas hasta que encontrara un buen marido con el que formar su propia familia. Sé muy bien que no tenía grandes proyectos para mis hijos,

pero la experiencia me había enseñado a no anhelar aquello que jamás podría alcanzar, y no me parecía ningún pecado llevar una vida honrada y temerosa de Dios.

Cuando sonó el timbre de la puerta, pensé que sería Remedios y que vendría a contarme lo que había sucedido en el entierro de Virginia, nuestra vieja compañera de escuela con la que hacía muchos años que no hablábamos por una absurda pelea de la que ya no recordábamos el origen. Cada tarde dedicábamos cuatro horas a la labor mientras hablábamos de todo aquello que nos preocupaba, y cuatro horas todos los días daban para muchos cotilleos. Yo no podía dedicarle más tiempo al encaje porque tenía la vista cansada, y mis dedos, por culpa de la artrosis, no movían los bolillos con la misma soltura que a los treinta años.

Fui a abrir la puerta confiada, y al verlo bajo el umbral no pude evitar dar un respingo. No puedo decir que fuera un hombre de los que asustan, pero sí me provocó cierto recelo, y su aspecto extranjero no me inspiró confianza.

Nuestro pueblo era muy tranquilo y no era habitual que un hombre asaltara a las mujeres casadas en su propio hogar, pero en la televisión había visto muchas historias que me producían miedo y llegué a pensar que podría tratarse de un hombre peligroso. El primer impulso fue cerrar la puerta, aunque solamente la entorné ante el gesto sorprendido del hombre. Él no se precipitó para hablarme, esperó a que yo me colocara en la posición que me creyera más segura y luego me preguntó si era la dueña del local que se alquilaba en la plaza. Tardé en responderle, quería ganar tiempo mientras lo examinaba, sin atreverme a mirarlo a los ojos. No sabía qué decir, necesitaba alquilar el local y obtener un dinero que nos vendría muy bien, pero ese hombre me descolocaba. Quizás si mi marido hubiera estado delante habría sido más fácil encontrar argumentos para enfrentarme a su aplastante tranquilidad, pero estaba sola en casa y noté que mis manos comenzaban a sudar.

Mirándolo detenidamente, no puedo decir que fuera muy diferente de la gente del pueblo. En realidad era un hombre muy bien hecho: grande, con manos recias, aunque suaves. Sus gestos eran amables, con movimientos pausados, pero el acento era extranjero; y la mirada fija, incontestable, me causaba inquietud.

Antes de que hubiera podido decir una palabra, llegó mi hija que venía de estudiar en casa de una amiga. Pilar, que nunca se había preocupado por los temas relacionados con la casa o con el alquiler del local, se quedó a mi lado mirando a ese hombre con una atención que yo nunca había notado, y su mirada no me gustó. La que siempre había considerado mi niña, miraba a ese hombre de una forma escandalosa, como si se tratara de una hembra en celo, y él sonrió. En ese momento sentí una puñalada. Me daba cuenta de que Pilar había dejado de ser una criatura angelical. Ya era una mujer, y ése era un tipo de hombre que nos podría causar graves problemas.

Mandé a mi hija a su habitación, y luego me armé de valor y respondí al forastero que yo era la dueña del local. Él quería verlo porque podría interesarle alquilarlo. Le dije que no era barato y que no tenía calefacción, pero no se inmutó ante mi esfuerzo en disuadirlo, solamente contestó que sabría si le interesaba cuando lo hubiera visto.

El local apenas estaba a doscientos metros de mi casa, pero me daba miedo irme sola con él, y mucho más pedirle a Pilar que nos acompañara. Yo me consideraba una mujer fuerte, pero ante ese hombre me sentía tremendamente frágil, como una adolescente que se encuentra ante un artista de la tele. ¿Por qué tenía que aparecer un hombre como ése en mi casa? En mis previsiones entraba que el local lo alquilara alguna mujer o un viejo artesano, pero nunca un hombre tan atractivo. Bastantes problemas tenía para que ese tipo viniera a crearme más.

No sé cuanto tiempo permanecí ausente antes de responder, y el hombre volvió a recordarme que le gustaría ver el local esa misma tarde. Por un lado pensé que debía esperar a que llegara mi marido, pero al mismo tiempo tuve la certeza de que no deseaba que ese hombre me viera junto a Manolo. Era como si me arrepintiera de lo que había hecho con mi propia vida, algo que jamás había sentido. Justo en ese momento apareció Remedios y su presencia fue como un bálsamo para mi angustia. Le pedí que nos acompañara a ver el local. Ella aceptó encantada después de mirar al hombre de arriba abajo sin ningún reparo. Remedios disfrutaba descubriendo nuevos cotilleos para las largas tardes de encaje, y era habitual que su

imaginación fuera mucho más allá de lo que nunca alcanzarían los hechos. Tras volver la esquina de la plaza me dio un codazo y señaló al extranjero. A ella también le había parecido un hombre diferente, pero lo miraba sin temor. Era viuda y no tenía hijos. Sus fantasías poco daño le podían hacer a su vida.

El hombre estuvo estudiando el local con calma. Medía todas las paredes, que hacía bastante tiempo que no habían sido pintadas, y tomaba apuntes en un cuaderno. Lo hacía despacio, tratando de que no se le escapara ningún detalle. Yo, de reojo, miraba sus anotaciones, mientras Remedios observaba al hombre sin ningún recato; pero el extranjero parecía que no se daba por enterado y seguía con su labor.

El local contaba con una sala grande que siempre se había utilizado como tienda; otra habitación relativamente amplia que llamábamos trastienda; un trastero y un pequeño cuarto de baño. Sobre todo reparó en la trastienda, lo que a mí me extrañó porque en todo local lo primordial es la sala en la que se atiende a los clientes; pero el hombre dijo que él no sólo buscaba un local comercial: quería vivir donde trabajara. Aquello no me gustó, y cuando estaba dispuesta a decirle que no aceptaba esa condición, mi amiga le preguntó a qué pensaba dedicar la tienda. Respondió que tenía varias ideas porque sabía trabajar con diversos materiales, pero su trabajo principal consistía en crear marionetas, tanto para vender al público como de encargo para los titiriteros profesionales. Yo me apresuré a decir, ante la sorpresa de Remedios, que ese negocio jamás funcionaría en nuestro pueblo y que se arruinaría si seguía adelante con esa idea tan descabellada. No se precipitó en responder, antes sonrió y luego dijo que para él las marionetas no eran un negocio, eran su vida y con ésta nunca hacía estudios de mercado. Puede que perdiera dinero, pero nunca sabría lo que podría alcanzar si no se arriesgaba a intentarlo.

Tras terminar con sus anotaciones, dijo que estaba dispuesto a quedarse con el local y me preguntó el precio. Yo le pedí un alquiler más alto del que pensaba con el afán de disuadirlo, pero aceptó sin rechistar. Luego añadí que no bastaba con el dinero, necesitaba estar segura de la persona que iba a ocupar mi local porque no me quería ver involucrada en ningún tipo de jaleo por culpa de un desconocido. Me

dijo, sin alterarse, que todos sus papeles estaban en regla, incluso me mostró su permiso de residencia, y añadió que nunca había tenido problemas con la justicia y que no le gustaba crear ningún tipo de conflictos. Sólo quería trabajar en aquello que amaba y estar cerca del mayor teatro de marionetas del mundo. Remedios, extrañada, preguntó qué teatro era ése, y el hombre contestó que se trataba del Corral de Comedias. Pensé que me encontraba ante otro de esos chiflados del teatro que llegaban todos los veranos al pueblo. Yo no podía entender qué veían en ese viejo patio que si por mí fuera ya se habría derribado hace muchos años porque sólo acarrearba problemas con la llegada de tanta gente rara que alteraba la tranquilidad con que todos vivíamos.

Dos días después firmábamos el contrato de arrendamiento. Mi marido se mostró muy complacido porque podría pasarse una nueva temporada sin buscar trabajo, y volvería a encerrarse en el bar con sus amigos mientras hablaban de las grandes cosas que habían hecho en la vida, al tiempo que veían infinidad de partidos de fútbol o corridas de toros. Al firmar el papel tuve el presentimiento de que pronto me iba a arrepentir porque era un castigo que me enviaba el Señor por mi avaricia, y la idea de que mi hija pudiera estar cerca de ese hombre no se me iba de la cabeza mientras se disparaba la ansiedad.

Esa noche me desperté muy agobiada, mi marido roncaba con estruendo, ajeno a cualquier problema. Había soñado que a mi lado dormía el extranjero y me sonreía. Yo me sentía sucia. Tenía un marido y dos hijos, y ese hombre había turbado mi tranquilidad y amenazaba con quebrar toda la seguridad que tantos años me había costado alcanzar. Ya no pude dormir. El olor a ese hombre embrutecido y sus ronquidos me molestaban como nunca antes lo habían hecho. ¿Acaso no era una mujer tan feliz como siempre había creído? ¿Había elegido libremente todo lo que había hecho con mi vida?

Sabía que no tenía derecho a hacerme esas preguntas y debía afrontar con entereza todas las responsabilidades que tenía. Traté de pensar en otro tema para quedarme dormida, pero cada ronquido de mi marido iba unido a la sonrisa del extranjero y mi sueño jamás volvió a ser tranquilo; mientras los sueños, que llevaban

bastantes años en el olvido, se volvían más agitados cada noche.

Por entonces no me había dado cuenta, o era incapaz de poner palabras a lo que sentía, pero con la cercanía de aquel invierno había comenzado a tener prisa, mucha prisa. Mi vida se había vuelto urgente. Creía que llegaba tarde a todo lo principal, mucho después que mis amigas, y temía quedarme descolgada; que no me tuvieran por la joven moderna que deseaba ser. No quería seguir siendo la niña Raquel, de la que mi abuela presumía en el mercado porque era la que mejor cantaba en el coro de la iglesia. Me sentía mujer y tenía que demostrarlo, pero desconocía el camino para lograrlo. Entonces pensaba que para ser mujer y sentirme importante necesitaba a un hombre a mi lado que me arropara, y con el que me sintiera fuerte ante mis padres. Había demasiadas cosas que ignoraba en aquellos días y que me costó muy caro aprender.

Mi primer recuerdo de Pavel no va asociado a su imagen. Su nombre lo escuché antes de haberlo visto por primera vez. Fue en el instituto y oí hablar de él a Pilar, mi compañera de clase y una de mis mejores amigas. Estábamos cerca de las vacaciones de Navidad, en plena época de exámenes. Que las vacaciones fueran prometedoras dependía de las notas que sacara. Mis padres valoraban más el papel que les entregaba con las calificaciones que mi propia valía y esfuerzo. Jamás les escuché palabras de aliento que me hicieran sentir bien por un trabajo bien hecho, mientras los reproches iban unidos a cualquier iniciativa que tuviera, sobre todo por parte de mi padre. Siempre mi padre. Él suponía todo aquello que implicaba dolor y rabia. Cuántas veces me hizo llorar desolada en la penumbra de mi habitación, y cuántas más tuve que disimular para que no se notara mi odio, porque una hija no debe odiar a su padre ni provocar su ira.

Debió de ser al final de la clase de literatura, la que nos daba Teresa, una de las profesoras más enrolladas que había tenido en el instituto y con la que se podía hablar de casi todo aquello que nos preocupara, aunque yo apenas si lo había hecho

porque me costaba mucho superar antiguas barreras. Tenía miedo de hacer preguntas y mis dudas en todo lo relacionado con el sexo eran infinitas. Llevaba mucho tiempo sin atreverme a hacerlas, sin buscar las respuestas que tanto necesitaba; desde que siendo una cría mi padre ponía fin a mis constantes dudas con un bofetón que me dejaba marcada la cara. Él decía que sólo preguntan los tontos, y luego, para cortar mi llanto, pretendía hacerse el gracioso diciendo que algún día yo llegaría tan alto en la vida que me daría con la cabeza en el pesebre. Ésa fue una de las primeras frases que se grabaron perennes en mi memoria, mucho antes de que conociera el desprecio que mostraba.

Mi madre nunca se atrevió a llevarle la contraria, a defender a su propia hija porque también le tenía miedo a sus manos. Muy pronto aprendí que lo mejor era mantenerme callada para evitar su castigo. Cuando una está obligada a aprender de manera furtiva, parece que nunca se llegará a la altura de los demás, y se está más cerca de sentir lo aprendido como delito que como conquista. Todo esto no lo pensaba entonces, mis reacciones eran mucho más primarias: miedo, huida, dolor, odio y culpa, por ese orden. Las palabras llegaron después, cuando ya era tarde para que sirvieran de algo. Al menos eso llegué a pensar durante mucho tiempo.

Me faltaban pocos meses para cumplir dieciocho años y no había sido una de esas adolescentes precoces que a los quince muestran su esplendor. Mi desarrollo había sido muy lento. Pensaba que mi cuerpo jamás sería esbelto, parecía que mis pechos nunca podrían llenar el sujetador; y el acné, que tardó demasiado tiempo en desaparecer de mi cara, había provocado que los muchachos estuvieran más pendientes de chicas como Andrea y Pilar que, aparte de su belleza, mostraban una mayor simpatía y facilidad para entablar amistad. Todos los chicos se volvían ciegos para las que no llegábamos a la altura de las que eran consideradas mujeres perfectas. Por fortuna, la situación estaba cambiando y me sentía más animada con mi aspecto, al menos por la reacción que provocaba en los demás, que ya no era de completa indiferencia.

Al principio del curso había comenzado a salir con Javier, un compañero de clase, más por la necesidad de no sentirme sola que por lo que él pudiera atraerme,

aunque reconozco que me trataba con mucha cortesía. Quizás ése fuera su mayor defecto: a los diecisiete años una no espera cortesía en los hombres, desea que sean más lanzados, sobre todo los que son más interesantes, y Javier estaba lejos de serlo.

Aquella mañana, Pilar le estaba contando a Andrea que había llegado un hombre fascinante al pueblo que en nada se parecía a los chicos que habían conocido hasta entonces, ni siquiera a los técnicos del festival. Me sentí muy interesada en la conversación, y Pilar siguió hablando de un tal Pavel que había alquilado el local que su madre tenía en la plaza para instalar una tienda de marionetas. Hasta entonces nunca me habían interesado esas tiendas salvo para comprar chucherías o helados, pero Pilar lo estaba describiendo como el hombre con el que cualquier mujer podría soñar, y presumía de tener un fácil acceso hasta él. Sólo la retenía la edad del hombre, más de veinte años mayor que ella, y el férreo control que ejercía su madre sobre todo lo que hacía; pero resultaba demasiado tentador como para dejarlo escapar.

Yo sabía que a Pilar le gustaba presumir de sus conquistas, y siempre dedicaba más tiempo a los que menos caso le hacían. Por otra parte, me parecía descabellado plantearme la posibilidad de ligar con un hombre de una edad parecida a la de mi padre, por muy bien que se conservara.

Esa tarde tuve que hacer un recado que me obligaba a atravesar la plaza, y al cruzar frente el local me acordé de la conversación. Recuerdo que me paré y estuve observando desde prudente distancia, esperando la posibilidad de ver al hombre extraordinario del que tanto habían hablado. Parecía que el local estaba cerrado y no había señales de una aparente ocupación. Iba a seguir mi camino cuando vi que la puerta se abría y salió un hombre llevando unas cajas vacías. A simple vista no parecía tan especial como había dicho Pilar, pero desde la distancia no podía examinarlo bien. Le vi cruzar la plaza y detenerse a hablar con la mujer de la tienda de enfrente. Simulando dirigirme al escaparate de una perfumería, me pude acercar un poco más. No puedo decir que fuera el hombre más atractivo que haya visto en mi vida, pero tenía algo que obligaba a seguir mirando. Él giró la cabeza y me miró. Noté una leve sonrisa en su gesto. Me ruboricé y rápidamente me di la vuelta. No

sabría decir lo que sentí en ese momento. No creo que se tratara de excitación, no había suficientes motivos para crear un deseo. Puede que se tratara más de un sentimiento de desobediencia, de la posibilidad de abrir una puerta de la que jamás me había planteado su existencia. Es cierto que había visto algunas películas de mujeres que se sentían atraídas por hombres mayores, pero para mí un hombre mayor llegaba hasta los treinta años. Todo lo que pasara de eso era vejez.

Mi experiencia con los hombres era muy limitada. Por entonces todavía era virgen, a pesar de haber salido con un par de chicos antes de Javier, pero la relación nunca había pasado de algunos besos y tocamientos más o menos torpes. Probablemente pasara lo mismo con la mayoría de mis compañeras del instituto, pero nos gustaba presumir de tener gran experiencia, de haber vivido alguna aventura apasionante con alguien del festival o en unas vacaciones en la playa. Nos amparábamos en la figura de un desconocido para mostrarnos como mujeres libres y desarrolladas, y no como unas crías presumidas que ignoraban el camino para ser mujeres.

Aquella tarde estuve tomándome un refresco con Javier. Él insistió en que nos fuéramos hasta el parque para estar solos. Yo le dije que hacía mucho frío y que tenía que volver pronto a casa para estudiar el examen de matemáticas. Trató de darme un beso de despedida, pero lo esquivé y me fui. En el camino de regreso Javier había desaparecido de mi mente, mientras la imagen de ese hombre extraño se iba acrecentando.

En la mesa de la habitación tenía los apuntes ante mí, pero no les prestaba atención. Pensaba cómo me podría sentir junto a ese hombre. Mi fantasía iba mucho más rápida que la razón y, a pesar de que no conocía nada de su vida y ni siquiera sabía si sentía atracción por él, me vi abrazada por sus fuertes brazos y sólo la voz de mi madre llamándome para ir a cenar me separó de la imagen de aquel hombre que había invadido mi intimidad y que ya no la abandonaría nunca.

Dicen que la labor de un profesor consiste en formar a sus alumnos con el fin de que puedan enfrentarse a una sociedad cada vez más competitiva. Ésa es nuestra misión, pero siempre me he preguntado: «¿Quién nos forma a los que tenemos que educar? ¿Quién nos da la seguridad que nos permita afrontar nuestra labor sin miedo?». Nunca he encontrado a la persona que me supiera dar una respuesta satisfactoria, o quizás sí la hubo y todavía no lo he asumido.

Al comenzar ese invierno hacía un mes que había cumplido treinta y tres años, llevaba cuatro casada y no sabía si todavía era Teresa, la mujer joven que vivía un feliz matrimonio y tenía el privilegio de contar con un trabajo estable en el lugar donde había elegido; o, por el contrario, me había convertido en Mari Tere, como siempre me llamaba mi suegra, y estaba en el inicio de un eterno letargo en el que se abandonan las ilusiones juveniles por el lastre que acarrearán las responsabilidades asumidas.

Yo no era nativa de Almagro, había nacido en Madrid y allí había pasado la mayor parte de mi vida. Siempre entre las mismas paredes de un pequeño piso en un barrio periférico, rodeada de grandes edificios y muros de hormigón. Desde la ventana de la habitación, que compartí con mi hermana mayor hasta los diecisiete años, mi vista sólo alcanzaba hasta las antenas de televisión. En aquel paisaje no había montes ni parques que contemplar, y jamás vi una puesta de sol. Sólo podía divisar los coches que cruzaban a gran velocidad y las terrazas gemelas donde los vecinos acumulaban los muebles viejos que ya no tenían cabida en sus pisos.

No puedo decir que hubiera sido una niña feliz, aunque no estaba segura del significado de esa palabra, pero creo que tampoco tenía motivos para considerarme una desdichada. La impresión que siempre tuve fue la de sentirme aplastada por el peso de una ciudad tan enorme, donde casi todo lo tenía prohibido por el miedo que tenían mis padres de que me pudiera pasar algo malo cuando no estuviera bajo su protección.

—No salgas. Quédate en casa. La calle es muy peligrosa. Ten cuidado con la gente. Desconfía de cualquiera que se te acerque. Cuando estés casada podrás hacer lo que quieras.

Una y otra vez las mismas frases, día tras día, año tras año. Los mismos temores a los cinco y a los veinte años. Para ellos nunca sería adulta. No es extraño que llegara a idealizar el campo y creyera que en los pueblos se encontraba la felicidad que las ciudades matan. Muchas noches soñaba con los ojos abiertos con prados verdes, con caudalosos ríos y montañas nevadas; siempre sin encontrar obstáculos en mi camino. Cuando me dormía, mis sueños se volvían más oscuros, como tapados por el hollín de las chimeneas y rodeados por desconchadas paredes que no me permitían divisar el horizonte.

Mi anhelada rebeldía permaneció aletargada a la espera de una oportunidad que nunca llegó. Era una aventurera sin un meta que alcanzar. Ni siquiera en la universidad, donde todos hablaban de grandes revueltas, encontré mi sitio. Participé en tímidas escaramuzas que trataba de hacer grandes para aliviar mi pequeñez, pero no hubo una revolución de las que marcan el resto de la vida. Sólo fui una obediente estudiante que se limitó a cumplir objetivos ajenos y terminar una carrera sin ilusión.

Poco después de terminar la carrera de filología, y cuando buscaba el tema para hacer una tesis que me situara en buen lugar de cara a las oposiciones, conocí a Julián, el hombre de mi vida. En aquellos días mis prioridades habían cambiado. La seguridad era lo principal: novio seguro, trabajo seguro y futuro bienestar asegurado, y Julián suponía un perfecto aval para lograr todo aquello. Él era oriundo de Almagro y empecé a acompañarlo algunos fines de semana en sus viajes al pueblo. Al principio en secreto y con ilusión de aventura; después, con permiso familiar ante las buenas intenciones de mi prometido.

Cuatro años más tarde nos casamos con una gran parafernalia y doscientos cincuenta invitados en la iglesia de Madre de Dios. En la familia de Julián no se admitía otra opción, y él jamás desobedecía a su madre en temas de tanta trascendencia. Yo no le di demasiada importancia, pensaba que lo amaba y me daba igual la forma en que se refrendara ese amor. Quería ser mujer de un solo hombre y Julián cumplía todas las condiciones para serlo.

Poco tiempo después, cuando menos lo esperaba, aprobé las oposiciones, con cierto disgusto de mi suegra que no era partidaria de que una mujer trabajara

cuando tenía un marido al que cuidar que ganaba lo suficiente para mantenerla. Para entonces mi madre ya había muerto y mi padre vivía en una ciudad lejana junto a mi hermana y su familia. De ambos me separaba demasiada distancia, y nunca pusimos gran interés en volvernos a encontrar para escarbar en unos recuerdos comunes que no eran gratos.

Durante dos cursos estuve trabajando como interina en institutos de localidades cercanas, antes de que me concedieran la plaza de profesora de literatura en Almagro. Aún recuerdo aquel día con cierta ilusión: era feliz porque había logrado una meta que yo creía decisiva. Pensaba que se iniciaba una época de tranquilidad y bonanza que nos permitiría convertirnos en un matrimonio modelo. Y durante algún tiempo fue así o lo pareció.

Nos hicimos una casa nueva en un solar muy bien situado que pertenecía a la familia de Julián. La decoré a mi gusto, con alguna intromisión de mi suegra, y todo parecía ir de maravilla porque mi marido había logrado el cargo de subdirector de la sucursal bancaria donde trabajaba. El dinero había dejado de ser un problema. Hasta me estaba cuestionando la posibilidad de tener hijos, algo que Julián siempre había querido, pero a lo que yo era reticente porque todavía no me consideraba capacitada para criar un hijo. Quizás fuera porque no quería asumir la atadura que suponía ser madre en un entorno donde éstas tenían que renunciar a cualquier libertad como mujeres para quedar subordinadas a la custodia de su prole.

Tras cuatro años de matrimonio, la ausencia de hijos comenzaba a ser motivo de ácidos comentarios entre los vecinos y familiares. La mayoría no creía que se debiera a una decisión mía, sino a la incapacidad para procrear de uno de los miembros de la pareja. Eso molestaba a mi esposo porque no le gustaba que se cuestionara su hombría, pero hasta entonces no me había presionado para que cediera a sus deseos.

Al acercarse aquellas vacaciones de Navidad, en lo que menos pensaba era en la llegada de otro hombre a mi vida. Valoraba demasiado mi tranquilidad y no tenía ningún interés en crearme problemas. El hecho de que viviera con Julián no significaba que no fuera consciente de la existencia de otros hombres interesantes,

pero creía en la fidelidad y siempre había pensado que no sería yo la que pusiera en peligro nuestro matrimonio. A veces hacemos promesas que son imposibles de cumplir, a pesar de todo el empeño que pongamos en mantenerlas.

Mi relación con la gente del pueblo era escasa porque no me gustaba hacer demasiada vida social. Con los compañeros del instituto tenía una convivencia correcta que en ningún caso había llegado a la amistad. Realizaba mi trabajo y desaparecía cuando se acababan las clases. Muy rara vez asistí a algún acto de confraternización entre compañeros. Con los alumnos tenía una buena comunicación porque no me tomaban por una profesora opresiva, pero esa cordialidad no iba más allá de las horas lectivas. Cuando nos veíamos en la calle, sólo intercambiábamos fríos saludos, marcando las enormes diferencias que nos separaban.

Mi mejor amiga, y con la única persona que compartía la intimidad, era Carmen y estaba viviendo en París. Disponía de una beca para realizar estudios postdoctorales como bioquímica y nos comunicábamos a través del correo electrónico. Casi todos los días le escribía una carta, y no lo hacía porque tuviera demasiadas cosas que contarle, sino porque ese tiempo frente al ordenador suponía mi principal terapia para combatir la soledad creciente que sentía.

Ese correo se había convertido en mi diario y en él contaba todo aquello que me pasaba o percibía. Nunca me preocupaba de borrar los mensajes, aunque en ocasiones podían ser comprometedores por algún comentario que hacía sobre Julián y su familia. Él tenía su propio ordenador y no creo que se hubiera molestado en indagar entre los textos que yo escribía. No le quedaba tanto tiempo libre para dedicarme. Supongo que pensaba que sólo lo utilizaba como herramienta de trabajo para preparar los exámenes de mis alumnos. Reconozco que en alguna ocasión me hubiera gustado que leyera los mensajes, porque sentía que era la única forma que me quedaba de transmitirle lo sola que estaba y lo necesario que era para mí tener a un hombre fuerte al lado en el que apoyarme.

A veces pensamos que el matrimonio sólo es una convivencia agradable con otra persona con la que se producen encuentros carnales esporádicamente con el fin

de procrear, y con quien hacer todo lo posible para poder pagar los préstamos y que las cuentas cuadren a fin de mes. Pero yo siempre había esperado algo más del hombre que viviera conmigo. Puede que no supiera con exactitud qué era lo que necesitaba de él, pero hay ciertos detalles que una mujer sabe apreciar muy bien, y no se trata de valiosos regalos. Me costaba mucho hablarle de mis inquietudes. Julián ya no se parecía en nada al joven que había conocido ocho años antes y que estaba lleno de ilusión por el futuro y con grandes proyectos que realizar. Sólo le preocupaba progresar en su trabajo y lograr lo que él llamaba bienestar. Ésa era su meta y lo que pretendía ofrecerme. El único riesgo que admitía eran las operaciones bursátiles que realizaba y que cada día le obsesionaban más.

A pesar de todo, había hecho algún tímido intento de hablar con él, de decirle que nuestra vida debería ser diferente para no caer en el tedio, y siempre respondía que si tuviéramos hijos sería muy distinto y yo lo pasaría mejor al tener algo de lo que ocuparme. Yo le trataba de explicar que los hijos no tenían nada que ver en una relación de pareja, pero a Julián le costaba entender que el matrimonio fuera algo más que una convivencia sin grandes tensiones y con reuniones semanales con el resto de su familia para inflarse a comer y beber mientras se presumía del coche nuevo o de los importantes beneficios obtenidos en las inversiones realizadas.